

tribulación es una escuela terrible, pero provechosa en extremo, de que el Señor no priva jamás á los que destina á grandes cosas sobre la tierra, y por ella atravesó en la flor de sus años la joven señora. Pasado, es cierto, el primer soplo del furioso huracán, siguió bogando todavía majestuosa la combatida nave de su fortuna mundanal; y á los ojos de los hombres nada podía turbar su felicidad, sino el recuerdo de que antes había sido aún mayor. Pero hay amarguras y aflicciones tanto más punzantes cuanto son ocultas; tanto más penosas cuanto se tienen que devorar en silencio. El Señor se complace en mandarlas á los grandes de la tierra, para mejor purificar sus almas de las manchas que no deja de contraer el que vive en medio de las pompas y vanidades del mundo; para hacerles comprender que no son las riquezas las que dan la verdadera felicidad, y que los honores y los aplausos de los hombres de nada aprovechan al que no nutre en su corazón una piedad sólida y un amor profundo á la virtud. Así separa sus afecciones de los bienes terrenales; así les inspira compasión y benevolencia hacia los desgraciados; así los hace vivir en medio de sus tesoros cual si nada poseyeran;¹ y mientras más es el amor que profesa al que de esta manera atribula, mientras mayores son acerca de él los designios de su Providencia, más y más le hace sentir sus tremendos castigos.² Este cáliz de amargura lo propinó el Señor en su misericordia á la joven Francisca, quien no rehusó beberlo hasta las heces: era ya esposa.

De tribulación en tribulación, de prueba en prueba,

¹ II. Cor. VI.

² Heb. XII.

de virtud en virtud, conduce Dios gradualmente á sus escogidos por la senda que él mismo les traza: en el trascurso de breves años era huérfana y viuda Doña Francisca Pérez Gálvez. Aquí es donde comienza, Señores, su verdadera historia; esa historia tan fecunda en ejemplos de piedad y desprendimiento, de abnegación y fortaleza, de beneficencia y caridad, que sería imposible narrarlos todos, aun ciñéndonos sólo á los que pasaron á la faz del mundo. Aquí es donde vemos á la opulenta heredera de una fortuna, aunque disminuida, todavía colossal, empezar á ser la protectora declarada del moderno Israel, la madre de los pobres, la ciudad de refugio de los Levitas de la Nueva Ley.

Trasportaos por un momento, Señores, á la época en que por vez primera ocultó su frente bajo las tocas de la viudez. México era ya independiente, mas nunca feliz. La patria había ganado su libertad; pero los patricios que antes formaran su aristocracia habían perdido bajo el nuevo régimen sus títulos, su influencia, su rango, y estaban en peligro de ser despojados aun de los bienes que no había podido devorar la revolución. Muchos, por tanto, de la antigua nobleza, abandonaron el suelo independiente del Nuevo Mundo, y buscaron en la Madre Patria un asilo donde conservar sus blasones y poner en salvo el resto de sus tesoros.

¿Por qué no los imitas, rica heredera de una de las casas más opulentas de la América Española? ¿Por qué no atraviesas los mares, y corres en busca de los placeres y honores que te dan derecho á esperar en la corte los títulos vinculados en tu familia, tu juventud aún lozana, tus riquezas deslumbradoras? ¿Qué esperas en esta

tierra ya para tí inhospitalaria, en que la paz no podrá reinar en adelante, que ya no te dará tesoros, sino antes bien, consumirá tus rentas?

¿Qué espera, Señores? Espera llevar á cabo la misión sublime que le impone la elevada posición social, en que, á pesar de los trastornos políticos, la mantiene la Providencia. Espera seguir el noble ejemplo de sus antepasados empleando sus tesoros en fomentar el culto divino, en socorrer al indigente, en dar trabajo á millares de desvalidos que la guerra ha dejado sin pan, y en protegerlos contra los abusos del fuerte y del avaro. Por eso permanece en su patria, sin abandonarla ni un solo momento aun en los días de mayores angustias: sabe los deberes que imponen la nobleza y el rango, y se apresta á llenarlos como cumple á una matrona cristiana, renunciando para siempre á los goces terrenos y al fasto de las cortes, y permaneciendo hasta la muerte en el santo estado de casta viudez.

¡Bien necesitaba de su protección el pueblo mexicano y en especial el de nuestra ciudad! Agotados los caudales y paralizadas las empresas, el pobre carecía de trabajo, y al que había sido rico faltaban recursos para proporcionarlo á los que fueran sus operarios, especialmente en el incierto laborío de nuestras engañadoras minas. No había más recurso que arrojarse en los brazos de especuladores sin entrañas, que exigían por el dinero de iniquidad que en mal hora prestaban, exorbitantes intereses que arruinaban en breves años al que se sometía á tan tirana operación. La usura había inaugurado entre nosotros su ominoso reinado, y sólo Dios sabe hasta dónde habría extendido sus sangrientas con-

quistas, sin el valor de la generosa viuda que puso un dique á su funesta dominación.

¡Ah, Señores! ¡Que no sean estériles nuestras lágrimas en derredor de esta tumba! Jurad sobre su lápida exterminar de nuestra patria ese mónstruo infernal que se ha desencadenado contra nosotros. ¡La usura! Abrid las sagradas páginas de los libros inspirados, y en cada una la veréis condenada, aborrecida, estigmatizada. ¡La usura! Pasad vuestros ojos por los salmos que David cantaba en su desgracia, y hallaréis que uno de los males mas funestos que impreca sobre sus gratuitos enemigos es que el usurero escudriñe y se lleve toda su hacienda.¹ ¡La usura! ¿Qué hay en el mundo más torpe ni más cruel² que este vicio detestable que se cubre con la capa de la misericordia para mejor despojar al infeliz; y que desgarrá más que una víbora³ el alma del que la abriga? ¡La usura! ¿Y quién no la maldice, quién no la hiere con sus sátiras, quién no la abrasa con sus anatemas? ¿Y es posible que esta cortesana envejecida, cubriendo sus arrugas con asquerosos afeites y ocultando sus descarnados miembros con adornos de falso oropel, haya logrado seducir en nuestros días aun á jóvenes gallardos, ricos, ilustres, con los brazos robustos para el trabajo, y con un porvenir tan risueño como puede prometerlo esta vida falaz? ¡La usura! ¡Ah, Señores! Yo os repito con toda la energía del cristiano que habla al borde de la tumba; con toda la autoridad del sacerdote que os lo intima en nombre del cielo; con todo el celo del

¹ Ps. CVIII, 11.

² Chrysost. Hom. 5 in Matt.

³ Idem, Hom. 57 in eumdem.

hermano que no quiere, no, que por una falsa ganancia se pierdan vuestras almas: ¡jurad exterminarla! Escuchad la voz del Rey-Profeta, que os declara que sólo podrá ascender al monte santo de Dios el que no ha dado su dinero á usura; *qui pecuniam suam non dedit ad usuram.*

De estos seres privilegiados es sin duda la benemérita matrona que tanto lloramos. No sólo no defraudó jamás al pobre ni al rico de sus legítimas ganancias; no sólo no exigió jamás del necesitado un premio indebido por los favores que le prodigaba, sino que mientras vivió lo libertó de las garras del especulador y del logrero, ni dejó que nadie lo perturbase con exacciones onerosas ni injustos vejámenes. Tal hizo sobre todo con los habitantes de esta su ciudad natal, que, aunque hacía largos años no era su residencia, continuaba siendo el objeto de su predilección. ¿Qué otro fin tuvieron esas empresas de minas, tan azarosas, tan inciertas, en que nada se podía esperar y sí eran de temerse inmensas pérdidas poco menos que seguras? El éxito lo ha demostrado, Señores, y bien lo sabéis cuantos os agrupáis en torno mío. No ignoráis que, al proponérsele algún contrato, jamás pasaba los ojos sobre las cifras que representaban los enormes gastos que debían sufragar sus arcas, ni se detenía á pesar las probabilidades del buen ó mal éxito. “¿Se violan los derechos de mis vecinos? ¿Se menoscaban las prerrogativas de la Iglesia? ¿Se oprime en lo más mínimo al pobre? ¿Se ofende en modo alguno al Señor? ¡Oh! Entonces dejadlo, dejadlo; ni soñéis en esa especulación deshonrosa, y aunque me produzca millones, los desprecio, los detesto, los abomino.” Tal era, Señores,

su lenguaje; y ¿quién de vosotros podrá dementirme? Por eso la casa de Pérez Gálvez jamás se manchó con la torpe compra de un palmo siquiera de terreno eclesiástico; por eso los fértiles campos de sus inmensas propiedades enviaban fielmente á los Pastores de la Iglesia la décima parte de las cosechas que por beneficio de Dios anualmente rendían; por eso, conforme á la tradición de la casa de Valenciana, una iglesia señalaba siempre sus posesiones, y su primer cuidado era dotar ministros evangélicos que predicasen la ley del Señor y los principios de eterna justicia; por eso se empeñaba con maternal anhelo en desarraigar los vicios de la muchedumbre que comía su pan, y tenía tan á pechos el establecer un banco de ahorros que asegurase un porvenir á nuestros mineros, y disminuyese esa prodigalidad que los distingue y los conduce á la miseria y al crimen.

Por el contrario; aunque las pérdidas fuesen irreparables, aunque tuviesen que agotarse los productos de sus fincas, que el triste estado de nuestra patria disminuía cada vez más, nunca retrocedió ante una empresa que pudiera contribuir al alivio de sus semejantes. “¿Se da gloria á Dios? ¿Se suministra al pobre trabajo? Pues adelante: no miréis las pérdidas; no reparéis en las expensas: contad sí los millares de infelices que puedo arrancar á la inopia, y gastad, gastad sin temor, vaciad mis arcas sin escrúpulo.” Sé que hay entre vosotros quien oyó estas admirables palabras, en una época no muy remota, y en que sólo por caridad y desprendimiento cristiano, pudo haberse iniciado una empresa como la que ella no vaciló en acometer.¹

¹ El avío de la mina de Cata.

¡Vosotros, los que acostumbrados á vivir entre estas ricas, pero falaces montañas, sabéis que una mina no es una fuente perenne de preciosos metales; que habéis palpado que en sus ingratas entrañas hallan su tumba muy á menudo la ambición y la codicia; que por larga experiencia conocéis que en cambio de una fortuna, quizá pasajera, con que alucina á algún dichoso, absorbe el fruto de largos años de trabajos y sudores de cien infelices! Decid vosotros: ¿Qué se hicieron esos millares invertidos en el laborío de una mina que bien sabía la señora los dejaría sepultados para siempre en sus profundas cavernas? ¿Cuándo devolverá la tierra lo que en tan corto tiempo devoraron sus ávidas fauces?

Lo devolverá, Señores, no lo dudéis; lo devolverá centuplicado en el día de la retribución. A esta hora ya lo han llevado al cielo las manos de los pobres que esos tesoros socorrieron; porque lo que á los ojos del mundo pudo parecer especulación vulgar, no fué sino limosna en la mente generosa de la cristiana señora, como lo fueron todas sus empresas desde que ella sola tuvo la administración de sus cuantiosos bienes.

Rica desde la cuna, ¿qué negociación no pudo emprender, qué comercio no estuvo en su mano probar, qué especulación no le fué dado acometer? En una sobre todas se fijó su noble corazón; en aquella negociación que experimentó la mujer fuerte de la Escritura y halló que era la más lucrativa del universo: la limosna; la limosna que no conoce límites, la limosna que sobrepuja todos los obstáculos; *gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus.*¹

¹ Prov. XXXI.

Cuando, conforme al consejo del Evangelio, ni su mano izquierda sabía las buenas obras que practicaba la derecha¹ ¿qué podré yo deciros de esas limosnas cuya cantidad y mérito son conocidos de Dios solo? Hablen por mí las lágrimas de los pobres; suplan á mis encomios los gemidos de los huérfanos; pregonen en vez mía sus alabanzas las exclaustradas vírgenes del Señor. Todos, al caer de rodillas ante el ataúd que contiene sus preciosos despojos, exclaman en ese lenguaje del dolor que todos comprenden y que penetra hasta el fondo del alma: mientras ella vivió no había que temer la miseria, ni las enfermedades, ni los desmanes de la impiedad; ella nos socorría, ella era nuestro refugio, ella era nuestro amparo; mientras ella vivió no hubo quien turbara á Israel.

¿Qué podré deciros, sino uno que otro secreto arrancado al inexpugnable castillo de la cristiana humildad? Escuchad, empero, algunos rasgos que el Señor no ha permitido quedasen sepultados en el silencio de la tumba. ¡Oh! Si hubiéramos podido seguir á la piadosa matrona al apartado santuario consagrado á la Reina de los Angeles, adonde se complacía á menudo en ir á dirigir sus fervientes plegarias; si hubiéramos podido contar las incesantes limosnas que, por mano del zeloso sacerdote que allí velaba día y noche al pié de los altares, distribuía á millares de necesitados que aun ignoraban la fuente de que salían los socorros; si hubiéramos podido escuchar las santas conversaciones que tenía con las hijas de San Vicente, en las frecuentes visitas á sus casas de caridad, ¡qué abundante materia no tendríamos ahora para pregonar los milagros de su beneficencia!

¹ Matt. VI.

Escuchad lo que para ejemplo nuestro quiso el Señor que traspasara el velo del secreto; escuchad y aprended.

Gran cosa es, en verdad, el dar asilo al pobre vergonzante que, ni se atreve á mendigar el pan de puerta en puerta, ni tiene los medios de procurar la subsistencia de una familia numerosa cuanto desgraciada; muy meritorio es tender una mano bienhechora á la desvalida huérfana próxima á caer en el abismo sin fondo á que á veces conduce la miseria; es laudable en extremo servir de madre al expósito, de sostén al anciano, de salvador al enfermo, contribuyendo con gruesas sumas, ya á la fundación de nuevos hospitales y asilos, ya á la conservación ó mejoras de los orfanatorios y hospicios existentes; es altamente meritorio, ¿quién lo negará? Sin embargo, la caridad ejercida de este modo era de tal manera un hábito en la Señora Pérez Gálvez, que tenemos que buscar otros rasgos más brillantes para presentar en todo su esplendor esa alma generosa.

¿Adónde no se introduce el demonio de la discordia, de las desavenencias, de la enemistad? ¡Gloriosos Apóstoles! No perdonó ni aun vuestro santísimo senado. ¡Viudas venerandas de la primitiva Iglesia! También á vosotras os dividieron los celos,¹ y por disposición maravillosa de la Providencia, á vuestra división se debió la ordenación de esos siete primeros diáconos que tanto adornaron la corona de la Esposa del Cordero. También penetró hasta el recinto de tu vidual habitación ¡oh ilustre matrona! y te amargó muchos años de tu existencia. Pero el Señor lo permitió para darte ocasión de ejercer la caridad en colosales proporciones, y de mostrar

¹ Act. VI.

toda la bondad de tu corazón. No necesito recordarlo, Señores, están frescos en vuestra memoria los luctuosos acontecimientos que hundieron en la más espantosa miseria á una familia acostumbrada desde la cuna al fasto y la opulencia, y cuyas riquezas parecerían fabulosas si no las hubieran visto nuestros ojos. Entonces Doña Francisca Pérez Gálvez no escuchó sino la voz de la caridad y de la sangre; entonces dió pruebas maravillosas de su exquisita prudencia socorriendo á sus cercanos parientes sin herir susceptibilidades; entonces demostró con los hechos lo que sus labios habían repetido mil veces: que jamás había abrigado su pecho el más leve resentimiento.

Es antigua la guerra á muerte que ha hecho siempre el Infierno á los sacerdotes del Altísimo. Sin embargo, el clero no puede menos que ganar, bajo el punto de vista espiritual, de esa persecución abierta y cruel que sólo sirve de acrisolar más y más su piedad y virtudes apostólicas. Pero hay otra guerra verdaderamente satánica, que se dirige á matar el alma en vez del cuerpo, á introducir el vicio entre los escogidos del Señor, y á impedir el que la virtud, y la ciencia, y el espíritu evangélico echen raíces entre el sacerdocio católico. Es harto conocida esta táctica de la impiedad, pero no por eso es menos temible ni ha menester de menores esfuerzos para contrarrestarla. San Vicente de Paul y el venerable fundador de la Congregación de San Sulpicio ¡cuánto no hicieron para conseguir este noble objeto en su patria, y cuán feliz no fué el éxito de su sagrada empresa! Los hijos del primero vinieron á nuestra México á llevar á cabo el fin santísimo de su instituto, y para nadie es un

misterio la parte principal que tomó en su establecimiento la Señora Pérez Gálvez, y la decidida protección que les concedió hasta su muerte.

Este es, empero, el menor beneficio de que le es deudor el sacerdocio católico. El santo Pontífice que hoy ocupa el trono de San Pedro visitó, como sabéis, en su juventud, varias repúblicas de nuestra América española, y ha tomado siempre el mayor interés en nuestros destinos, siendo su constante deseo el que nuestro clero se mantenga á la altura que corresponde á los ministros de Jesucristo. Nadie mejor que Pío IX conoce los males que nos aquejan, y la imposibilidad de que se conserven en países tan agitados por las discordias civiles, establecimientos eclesiásticos en que florezcan á la vez la ciencia y la virtud, la piedad y las letras. Por eso concibió su grande alma el proyecto de llamar á su lado una selecta falange de jóvenes latino-americanos, que á la sombra del Vaticano bebiesen en sus fuentes las ciencias sagradas, y tornasen á esparcir en sus respectivas patrias el suave olor de las virtudes evangélicas. Se echaron sin tardanza los cimientos del grandioso proyecto; acudieron presurosos los hijos del Perú y de Colombia, de las márgenes del Plata y de las orillas del Marañón, ni faltó tampoco quien se les reuniese de nuestra patria. Oprimos fueron los frutos del tierno pero bien augurado plantel; ya se gozaba al verlo tan floreciente y lozano el Supremo Pastor á quien debía su existencia, cuando ¡ay! un inesperado huracán doblégó hasta el suelo sus delgadas ramas, y amenazaba arrancar de cuajo el indefenso arbolillo.

La pobreza, Señores, la carencia absoluta de los más

indispensables recursos estuvo á punto de destruir en su infancia un colegio que prometía tantos bienes á este continente. En vano se esperaban con ansia las naves de la América del Sur con los subsidios tiempo había prometidos. En vano Pío IX quiso hacer un esfuerzo supremo abriendo sus arcas á sus queridos hijos del Nuevo Mundo. ¡Estaba exhausto su tesoro; la sacrílega invasión de sus Estados le había arrebatado sus rentas; Pío IX era pobre, Pío IX era mendigo!

En tan grave conflicto, cae inesperadamente, cual súbita lluvia, una gruesa suma de plata mexicana, que hace reflorar el campo agostado y renueva las esperanzas de una rica cosecha. La enviaba la nación más afligida entre las jóvenes repúblicas de América; la enviaba nuestra México, en la época en que los bienes de la Iglesia habían perecido y las fortunas particulares estaban al borde del precipicio; la enviaba una mujer, una viuda, una hija de nuestra Guanajuato; la enviaba Doña Francisca de Paula Pérez Gálvez.

Sin duda que la Providencia pudo haber hecho subsistir, aun sin ella, un establecimiento en que la gloria de Dios y el bien de los católicos americanos están altamente interesados; pero no es menos cierto que de ella quiso servirse el Señor para hacer tan señalado beneficio al clero de toda la América española. ¡Oh! Bien podemos, sin temor de profanar las sentencias del Espíritu Santo, bien podemos saludarla desde esta cátedra de la verdad con las palabras que el Sumo Sacerdote dirigió á la salvadora de Betulia; bien podemos decirle sin vacilar: tú eres la gloria de la Jerusalén cristiana; tú eres la alegría del Israel del Nuevo Testamento; tú eres el ho-